

¿ Será Permanente la Inflación?

Por Morris J. Markovitz

Algún día tendrá usted que retirarse. ¿Cuánto dinero necesitará en ese momento para poder sufragarse un nivel de vida decente? ¿Siete mil al año? ¿Diez mil? ¿Veinticinco mil? ¿Cien mil? No hay manera de saberlo, porque no hay manera de averiguar con exactitud a cuánto ascenderá la inflación. Pero aún sin cifras exactas, sabemos que si la inflación continúa, necesitará mucho más dinero para su manutención en el futuro.

Un hombre de treinta y cinco años de edad que ahora gana diez mil quetzales al año, podrá necesitar cien mil o más cuando llegue la hora de su retiro ¿Cómo es posible que pueda ahorrar tal cantidad? Todo lo que él logre ahorrar sufrirá una erosión continua de su valor a causa de la inflación, igual que si le robaran su dinero gradualmente a través de los años. Y la palabra «robaron» la utilizamos aquí en un sentido muy literal.

La inflación tiene tendencia a acelerarse a ponerse peor y peor y a una velocidad cada vez mayor-. Durante el último año, más o menos, la inflación ha llegado finalmente a proporciones suficientemente alarmantes para que todo el mundo pueda percatarse de sus efectos, aunque pocos comprendan la causa.

La inflación generalmente se «explica» de una de las siguientes maneras:

1o. Hombres de negocios avaros, no satisfechos con obtener ganancias «razonables», elevan los precios para llenar sus bolsillos a expensas del consumidor. Obligan así a los trabajadores a exigir mayores remuneraciones a fin de poder mantener su nivel de vida. Los hombres de negocios, a su vez, se amparan en este aumento del costo de la mano de obra como pretexto para poder elevar aún más los precios, dando lugar a un círculo vicioso que promueve la espiral inflacionaria.

2o. Sindicatos de trabajadores avaros, que en vez de satisfacerse con escalas de pago razonables, demandan mayores salarios a fin de poder llenarse los bolsillos a costillas del empleador. Entonces éste eleva sus precios, trasladando de tal modo la carga al consumidor. El consumidor al notar que su costo de vida se está elevando, pide nuevamente aumentos de sueldo, y nuevamente se promueve un círculo vicioso.

Estas dos explicaciones son parecidas desde un punto de vista económico, pero diferentes desde un punto de vista político.

Los políticos de tinte «dirigista» tienden a usar la primera explicación achacándoles la culpa a los hombres de negocios. En tanto que los «conservadores», por las mismas razones de conveniencia, le achacan la culpa a los sindicatos. Ambas explicaciones tienen su base en el mismo principio económico y ambas son igualmente falsas.

La manipulación de la moneda

La inflación no es causada por los empresarios, ni por los sindicatos. La verdadera causa es la manipulación gubernamental del sistema monetario. Si obtener un aumento de salario fuera solamente cuestión de solicitarlo y de lanzarse a la huelga en caso que fuera denegado, ¿por qué es que los trabajadores no piden el 1,000 por ciento en vez de solamente 10? Y si el aumento de precios fuera solamente un asunto que dependiera del capricho del hombre de negocios, ¿por qué es que no eleva sus precios un 1,000 por ciento en lugar del 10? Obviamente estos son casos extremos. Pero los principios económicos pueden aplicarse tanto a casos extremos como a otros.

Debería ser obvio que en estos casos, no es en definitiva la amenaza de la acción gubernamental la que evita que se lleven a cabo los aumentos. Aunque el gobierno tratara de fomentar aumentos tan altos, éstos no podrían adoptarse. Nadie compraría bienes a esos precios exorbitantes, de modo que los negocios fracasarían. Nadie podría darse el lujo de contratar trabajadores pagando esos sueldos exorbitantes, y los trabajadores se encontrarían sin empleo. Sin embargo, a pesar de que este principio de la oferta y la demanda es obvio en los casos extremos, la mayoría de la gente tiende a ignorarla cuando se trata de cantidades más pequeñas.

A fin de no perder de vista el problema, preguntemos: ¿Cuál sería la razón por la que la gente no compraría la mercadería con un aumento de precios de un 1,000 por ciento? ¿Cuál sería la razón por la que los hombres de negocios no contratarían trabajadores cuyo costo le resultaría 1,000 por ciento más caro? La contestación es simplemente *que no podrían sufragar dichos gastos, porque no tendrían el dinero*.

Ahora prosigamos con el mismo argumento un paso más. El mismo principio que se aplica al caso extremo del mil por ciento que hemos propuesto arriba, se aplica también el caso del diez por ciento, o aun el caso del uno por ciento: *Los consumidores no pueden pagar el uno por ciento más sobre todas sus compras, a menos que tengan el uno por ciento más de dinero. Los hombres de negocios no pueden pagar aún uno por ciento más de salarios a menos que tengan ese uno por ciento más de dinero*.

¿De dónde proviene este dinero? El gobierno lo imprime en pedazos de papel, que luego llama «de curso legal», y los distribuye por diferentes medios hasta que gradualmente logra invadir el mercado. He allí pues, como ahora podemos deducir que aun los aumentos de mil por ciento que nos parecían tan «ridículos». no son tan imposibles del todo. Si el gobierno inyectara mil por ciento más de dinero en la economía, todos los precios aumentarían aproximadamente en la misma proporción del mil por ciento. Los trabajadores que ahora laboran por Q2.00 diarios recibirían Q20.00, y un pan que ahora cuesta 0.02c. llegaría a valer 0.20c. *La única forma de evitar que esto suceda es la decisión del gobierno de no imprimir esa cantidad de dinero*. En vez de eso, el gobierno imprime solamente 5, 8 ó 10 por ciento más de dinero cada año, de modo que los precios aumentan solamente el 5, 8 ó 10 por ciento (sírvese tomar nota sin embargo, de que un simple aumento del 8 por ciento anual, cuando es compuesto, llega a ser más de mil por ciento a través de treinta años).

¿Qué es lo que todo esto significa para el consumidor común? En general, significa malos augurios. La inflación perjudica a los asalariados, a los que tienen ahorros, a los que reciben ingresos fijos, tales como los ancianos, y a los impedidos. La inflación sólo ayuda a los

prestamistas sofisticados y a los políticos. La inflación literalmente tiene el efecto de drenar el dinero de los bolsillos de unos para trasladarlo a los de otros.

He aquí cómo es que funciona: por medio de un procedimiento indirecto y complicado, el Banco Federal de Reserva es esencialmente autorizado para imprimir dinero, el que más tarde se presta al Gobierno a interés. (A propósito, así es como resulta que a quienes se les adeuda la mayor parte de la deuda nacional es a los bancos). Ese dinero consiste en esos billetes verdes, «Federal Reserve Notes», que todos llevan en la cartera. Esos pedazos de papel que eran redimibles en plata. Ahora ya sólo son una promesa; una promesa de pagar al portador un dólar. No un dólar en plata o en oro; sino simplemente un dólar. ¿Y qué es un dólar hoy día? Pues ni más ni menos que ¡otro de esos mismos pedazos de papel! En otras palabras, el dinero que la gente lleva en sus bolsillos no es más que una promesa de darnos otra promesa, de darnos otra promesa, y así hasta el infinito sin que en realidad se prometa nada en concreto.

Leyes de curso legal un privilegio singular

Sin embargo, el gobierno ha pasado una ley en la que se concede un privilegio único al Banco Federal de Reserva (nominalmente un banco privado). La ley «de curso legal» dice que los billetes emitidos por dicho banco deben aceptarse por su valor nominal para el pago de cualquier deuda. A los acreedores se les obliga, por medio de dicha ley, a aceptar pagos en los susodichos dólares de papel, sin tomar en cuenta cualquier pérdida que hayan podido sufrir en el mercado. Esto es muy importante porque es el elemento clave que hace que la inflación sea un negocio provechoso para los bancos y para el gobierno, a costillas de casi todos los demás.

Una parte muy grande del papel moneda recién impreso «de curso legal», va a dar a manos del gobierno, el cual en seguida lo gasta comprando artículos en el mercado, lo que a su vez da como consecuencia que queden menos de esos artículos para el resto de nosotros. Puesto que el público en general tiene esencialmente la misma cantidad de dinero que tenía al principio, con ese dinero podrá adquirir menos cantidad de bienes a consecuencia de lo cual resultarán precios más altos.

Todo se reduce a la ley de la oferta y la demanda, la cual es aplicable al dinero, así como a todo lo demás. Si hay más dinero en circulación, su valor por unidad decrece. La inflación consiste en este aumento del circulante en dinero con lo cual se deprecia el valor de cada dólar. De ahí que la inflación equivale literalmente al robo de la riqueza de la gente que ahorra. Es un tributo o impuesto disfrazado. Le permite al gobierno sustraer bienes efectivos del mercado sin que aparentemente nadie tenga que pagar. Todos tienen que pagar pero en la forma de una alza de precios de los artículos del mercado en vez de hacerlo con un impuesto directo. En lo particular, esto resulta muy conveniente porque le permite al gobierno llevar a cabo sus planes sin estar sujeto al escrutinio de los ciudadanos. Por ejemplo, durante la guerra de Vietnam, el gobierno hizo que el Banco Federal de Reserva imprimiera enormes sumas de dinero para pagar a los hombres y el material requeridos para librar la guerra. La inflación actual se debe en gran parte a ese derroche de impresión de billetes que tuvo lugar durante dichos años. Si en vez de eso el gobierno nos hubiera exigido un pago de impuestos directos, hubiéramos reaccionado mucho más pronto. El haber financiado la guerra a través de la inflación nos privó de dicha oportunidad.

El proyecto de Patterson

Es motivo de interés el hecho que la inflación a través de un banco central fue inventada bajo circunstancias bélicas por William Patterson, un escocés muy listo, quien fue el fundador del primer banco de Inglaterra allá por el año 1690. Tanto el banco como el rey se beneficiaron. El banco ganó fortunas en la forma de intereses sobre dinero creado literalmente del aire con permiso del rey. Al rey le permitió continuar librando su guerra. Esta había sido muy popular, pero la gente empezó a perder el entusiasmo al sentir la creciente presión de los impuestos sobre sus bolsillos. El proyecto de Patterson permitió la reducción de esos impuestos de modo que los ciudadanos no se dieron cuenta que sus recursos monetarios estaban siendo sustraídos esta vez a través de la inflación. Al rey se le relevó de la desagradable perspectiva de tener que terminar la guerra, Patterson cosechó enormes ganancias con su ingenioso proyecto, al público se le engatuzó para que lo costeara todo a base de sangre y dinero, y se inventó la institución de la Banca Central, que continuaría engatuzando a la gente durante siglos.

La inflación ha sido siempre un problema para los países a cuyos gobiernos se les permitió imprimir dinero sin límites. Por varias razones, la inflación tiene una tendencia muy fuerte a acelerarse, a menos que se le pare de plano. Desgraciadamente, el remedio usual que proponen los gobiernos es el control de precios, que no puede funcionar en teoría, no ha funcionado nunca en la práctica y tampoco funciona hoy día porque no ataca la verdadera causa de la inflación: la alocada fabricación de papel moneda. El control de precios simplemente origina faltantes como se puede fácilmente comprobar con los problemas económicos actuales.

Un índice que usan los economistas para predecir futuras inflaciones es la acumulación de bonos gubernamentales en manos del Banco Federal de Reserva. Cuando éstos aumentan, significa que se ha tomado la determinación de imprimir más dinero para cubrir su valor y que por consiguiente la inflación está a la vista. Los mismos funcionarios del gobierno que adoptan la postura de «combatir la inflación» son, de hecho y en primer lugar, los más responsables de la inflación.

La única forma de parar la inflación es acabando con el ilimitado poder de imprimir papel moneda. A menos que se deroguen las leyes «de curso legal», son pocas las perspectivas de que podamos volver al tipo de moneda fuerte («hard currency») que los comerciantes escogerían gustosos como medio monetario.

Tomado de The Freeman, abril 1974.

Tradujo: Hilary Arathoon